

Introducción

La economía global está cambiando con más rapidez que nunca antes en la Historia. Las tecnologías que han hecho que esté más integrada —sobre todo las que han mejorado el transporte y el intercambio de información— continúan desarrollándose y el número de interacciones entre personas de todos los lugares del mundo está creciendo de forma exponencial. Estos cambios tienen un profundo efecto en nuestra vida. En las dos últimas décadas, hemos visto cómo cientos de millones de personas escapaban de la pobreza, pero también hemos visto un grave deterioro de nuestro entorno natural y el estallido de enormes burbujas financieras.

Pese al refinamiento de las políticas económicas diseñadas para administrar el ciclo económico, la volatilidad de los precios de los bienes de consumo básicos, los flujos económicos, los presupuestos gubernamentales y muchos otros indicadores importantes de la economía global continúan aumentando. Como resultado, es fácil verse atrapado en la corriente de números que brotan a cada segundo y perder de vista el largo plazo. Es un problema para nuestro futuro. Se pueden ganar y perder fortunas personales en un día, pero las fortunas nacionales se ganan y pierden debido a factores económicos profundamente arraigados que tardan años en desarrollarse y, si es necesario, en cambiar. Sin duda, acontecimientos idiosincrásicos pueden hacer que el camino económico de los países se decante de uno u otro lado. Pero, con el paso de las décadas, esos caminos tienden a

verse determinados por factores económicos con raíces muy profundas.

Estos factores profundos no explican, necesariamente, por qué los mercados de valores suben y bajan en un solo día, hora o minuto, pero sí que fijan límites a los niveles de vida materiales que una economía puede alcanzar. Si la búsqueda del crecimiento económico es una carrera, entonces estos factores determinan dónde está la meta. Sin embargo, como esa meta suele parecer muy lejana, no reciben mucha atención en los pronunciamientos diarios de autoridades, políticos e incluso de personas que saben un poquito de economía.

El objetivo de este libro es cambiar esto. Empezaremos explicando cómo, durante largos periodos de tiempo, países con factores profundos parecidos tienden a alcanzar límites de crecimiento y prosperidad parecidos. Estos límites empezarán a hacerse sentir, quizá más pronto que tarde, en la actual niña mimada de la economía mundial, China. El rápido crecimiento de China —y la idea de que este crecimiento continuará durante décadas futuras— le ha atraído inversiones de todo el mundo. Sin embargo, sus perspectivas a largo plazo no son tan de color de rosa como los inversores podrían esperar. La Unión Europea también ha sido una meta popular para los inversores debido a su estabilidad política, su enorme mercado interno y el potencial de sus nuevos miembros del Este. Su moneda, el euro, ha dado a los bancos, a los fondos de riqueza soberana y a otros inversores importantes una alternativa, mucho tiempo esperada, al dólar. Pero no todo va bien en la Unión, ni en la zona euro, pues ambas están empezando a desmoronarse, porque los países miembros se enfrentan a diferentes límites al crecimiento.

En su empeño por alcanzar sus límites y ofrecer a sus ciudadanos el nivel de vida más alto posible, los países tropezarán con una serie de obstáculos. Sus economías necesitarán recursos

—tanto naturales como humanos—, así como una cierta estabilidad. En las próximas décadas, muchos países se enfrentarán a la escasez en los tres aspectos, una escasez que frenará su precipitada carrera hacia la línea de meta. Algunos países colonizarán a otros en su intento de asegurarse los recursos naturales que su economía necesita para crecer: materias primas para fabricar, cosechas para alimentar a los trabajadores, combustible y agua. Esta vez, las conquistas coloniales se harán por medios monetarios en lugar de militares, pero los resultados serán, probablemente, contraproducentes tanto para los colonizadores como para los colonizados. Los países ricos, con sus poblaciones cada vez más viejas y sus bajos índices de natalidad, cambiarán sus políticas de inmigración para atraer a más trabajadores de todo el mundo. Aunque los países pobres se desarrollen, les resultará cada vez más difícil retener a sus ciudadanos más productivos. Mientras, muchos países que, en años recientes, han abrazado gobiernos populistas, de tendencia izquierdista, primero se pasarán a la derecha y luego continuarán yendo y viniendo como si fueran péndulos políticos. Los cambios de régimen resultantes frenarán su crecimiento económico; una desafortunada realidad, ya que crecer podría ser el único medio de estabilizar el péndulo.

A pesar de estos límites y obstáculos, también habrá nuevas oportunidades. Conforme el auge alimentado por la tecnología y los créditos baratos de las décadas de 1990 y 2000 se desvanezca, los estadounidenses buscarán nuevas fuentes de empleo e ingresos. Encontrarán algunas en un lugar inesperado, aprovechando un pilar fundamental, aunque poco reconocido, del éxito económico de su nación: su poder vendedor. La reestructuración de la economía global —incluso más entretrejida, incluso más digital— permitirá asimismo que los trabajadores aprovechen nuevas oportunidades a caballo de dos o más mercados a la vez y actúen como guardianes del beneficio. Los cambios

en la manera de trabajar los llevarán también a cambiar el lugar donde trabajan; en el futuro, una clase cada vez más numerosa de profesionales móviles poblará un nuevo conjunto de centros económicos basados en la elección de un estilo de vida más que en imperativos empresariales. Y el lento desmoronamiento de la Organización Mundial de Comercio permitirá que los países busquen un comercio más libre, creando nuevas ganancias al hacer negocios en otros países.

Pese a las oportunidades que presenta, el camino al crecimiento no siempre está libre de obstáculos. Incluso si un país consigue sortear los que encuentre a su paso, seguirá habiendo riesgos que afectarán a todos los que participen en la carrera. La reciente crisis financiera ha mostrado que la negligencia, la malversación y el comportamiento de rebaño en un par de centros financieros pueden impedir el crecimiento en todo el mundo, haciendo que algunos países retrocedan años en su búsqueda de unos niveles de vida más altos. Uno de los resultados de la nueva estructura reguladora a la que se enfrenta el mundo de las finanzas será el florecimiento de un enorme mercado negro cuya presencia acarreará nuevos riesgos para la economía global. Al mismo tiempo, el cambio climático, con frecuencia alabado como oportunidad para nuevas industrias tanto en países ricos como pobres, en realidad ensanchará las distancias todavía más, creando una amenaza de inestabilidad que podría obstaculizar el crecimiento en ambos. Para solucionar estos problemas, los países tendrán que trabajar juntos. Sin embargo, las instituciones políticas que proporcionan el marco para la solución global de problemas quizá no estén a la altura de la tarea.

Incluso los estudios de carácter general tienen sus zonas de fuerza y debilidad; por ello, este libro no se ocupa de todas las

acuciantes cuestiones económicas. Otros autores están mejor preparados para predecir qué combustible alimentará el transporte del futuro (es más, algunos ya lo han hecho), qué súper y semiconductores transportarán los datos de la economía global y si ese sistema de transporte y esos datos ayudarán a la humanidad a desarrollar los recursos de la Luna, de otros planetas y de las galaxias lejanas. Predecir ya es bastante difícil sin aventurarse tan lejos y en tantas direcciones diferentes.

Sólo recientemente, de hecho, han empezado los economistas a comprender lo arriesgado que es predecir, tanto en el aspecto individual como para toda una economía. Durante los años sesenta del siglo xx, mientras la ciencia económica avanzaba a trompicones hacia la madurez, una parte implícita en muchas predicciones de los economistas era la idea de que volveríamos a cometer los mismos errores una y otra vez. Por ejemplo, si los consumidores veían un gran aumento en sus salarios, lo tomarían como señal de un mayor poder adquisitivo, aunque el aumento fuera siempre seguido de una subida de los precios de las cosas que les gustaba comprar. En la década de 1970, empezó a prevalecer una nueva escuela de economía. Se basaba en la idea contraria de que éramos demasiado racionales para caer en las mismas equivocaciones dos veces; era posible que el aumento salarial engañara a los consumidores la primera vez, pero la segunda, esperarían hasta ver si la inflación borraba sus aparentes ganancias. Esta nueva escuela dominó las ideas durante un par de décadas, antes de que llegara otra revolución en el pensamiento económico, en los últimos años del siglo xx; la economía conductual. Los conductistas, situados en la intersección de la economía y la psicología, vieron que podíamos parecer racionales en un momento dado, pero no siempre éramos consecuentes a largo plazo. Se preguntaron por qué hacíamos deliberadamente cosas que lamentábamos en retrospectiva y por qué no siempre nos comprometíamos a actuar de una cierta manera

en el futuro. Ningún conductista se sorprendía si personas que comprendían la inflación perfectamente se gastaban parte de lo que les habían aumentado. A diferencia de los economistas de la década de 1960, sin embargo, los conductistas no pensaban que estas personas se estuvieran dejando engañar por el aumento. En cambio, probablemente pensaban que no podían resistirse a la tentación de gastar, calculando que, quizá, podrían economizar en el futuro para compensar, pero sólo si tenían que hacerlo.

Desde hace varias décadas, los economistas comprenden que limitarse a extrapolar tendencias no es la mejor manera de predecir el futuro (aunque esto no impide que muchos sigan haciéndolo). El cambio hacia la economía conductista ha ayudado a comprender algunas tendencias económicas, en especial las que cambian de súbito, cuando la psicología o la histeria de las masas se apoderan de la situación. Pese a todo, la economía sigue sin ser muy buena para predecir la dirección o el momento de esos cambios bruscos.

En parte, esto es debido a que los economistas todavía no entienden del todo cómo funciona la mente humana, pero también porque, con frecuencia, se centran en las cosas equivocadas. En gran medida, la capacidad mental económica del mundo está concentrada en los mercados financieros, donde el horizonte temporal típico va desde unos minutos a tres meses. Tanto si se trata de un acuerdo rápido para contrarrestar el riesgo en un mercado de derivados o de una predicción sobre los ingresos trimestrales de una empresa, no se piensa mucho a largo plazo. Incluso los economistas más académicos que trabajan en sitios como el Banco Mundial y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos suelen pensar a largo plazo como un periodo de sólo cinco o diez años. Por esta razón, con frecuencia descuidan los factores profundos que mueven, realmente, la economía mundial en el curso de décadas.

Sin embargo, estos factores son los más importantes. Determinarán si generaciones enteras —cientos de millones de personas— viven mejor o peor que sus predecesoras. Sus orígenes están en la geografía, el clima, la cultura, la política y la casualidad histórica. Son tan poderosos que pueden desbaratar los efectos de miles de acontecimientos discretos que quizá parezcan tener una enorme importancia cuando suceden, como, por ejemplo, la bancarrota de General Motors o la reelección de Hugo Chávez como presidente de Venezuela.

Algunos economistas, de los que hablaré más adelante, han empezado a estudiar estos factores profundos, analizando cómo los sistemas de gobierno instaurados por las potencias coloniales en los siglos XVIII y XIX han afectado las posibilidades de los mercados financieros en el siglo XXI. Pero, en general, estas importantes fuerzas se siguen descuidando y se entienden mal.

La primera tarea de este libro es rectificar esta situación, reenfocando la predicción económica en el muy largo plazo —a décadas de distancia— y concentrándonos en los factores profundos que influirán en ese futuro. Dicho esto, no creo ser un Nostradamus de la economía; la economía no es precisamente una ciencia exacta y, dado que los economistas tienen, en el mejor de los casos, una comprensión imprecisa del mundo que los rodea, sería injusto esperar que sus predicciones del futuro sean otra cosa que conjeturas con una cierta base. Además, cuanto más lejano sea el futuro al que miramos, más difícil se hace predecirlo; por cada pronóstico que se formula de un momento, se eleva enormemente el nivel de incertidumbre, dado que son muchos más los sucesos y mecanismos que pueden interactuar para cambiar el resultado. Con frecuencia, los gráficos de los pronósticos de los presupuestos gubernamentales, por ejemplo, adoptan la forma de unas fauces muy abiertas, en lugar de mostrar una única línea, porque el presupuesto real podría quedar en cualquier sitio entre

las dos mandíbulas. La zona de incertidumbre crece con cada año que se añade a la proyección.

Y hay una complicación más: las predicciones de futuro pueden hacerse públicas y, cuando esto sucede, las propias predicciones pueden afectar al futuro. Por lo tanto, los economistas se enfrentan a una clase de principio de incertidumbre parecido al propuesto por Werner Heisenberg para el mundo de la física. Heisenberg propuso que cuanto con más precisión se mide la posición de una partícula, más difícil es conocer su movimiento y viceversa. Del mismo modo, cuanta mayor sea la precisión con que predecimos el futuro de la economía global, menos probable es que el futuro se muestre conforme a nuestra predicción.

No obstante, este principio no nos debe descorazonar y, sin duda, tampoco invalida la premisa de este libro. Me gusta contar una conversación que tuve con un compañero de habitación en la universidad, mientras cenábamos en el comedor de la residencia. Señalando la imprecisión de la ciencia económica, me dijo que las predicciones de los economistas no eran mejores que los ensalzados pronósticos del tiempo. Al final, tuve que estar de acuerdo con él, pero le señalé que un pronóstico del tiempo que acierte un 70 por ciento de las veces es mucho mejor que no tener ninguno en absoluto.

De hecho, con frecuencia, uno de los objetivos de las predicciones es alterar el futuro; advertir de un peligro inminente para poder evitarlo. Si vas conduciendo por una carretera en el campo y tu acompañante exclama: «¡Cuidado con esa vaca!», es de presumir que darás un volantazo, en lugar de ver si la correa del ventilador puede cortar un trozo de carne.

Si este libro llega a alterar el futuro, no sólo permitiendo que sus lectores eviten peligros y aprovechen oportunidades, sino también alentándolos a actuar contra esos peligros y potenciar esas oportunidades, entonces habrá servido a su propósito

con creces. Espero que los lectores empiecen a pensar en los factores profundos que moldean la economía global, no sólo para ensanchar sus horizontes, sino, además, para ampliar sus horizontes temporales.

PARTE I

Límites

I

China se enriquecerá y luego volverá a empobrecerse

En los últimos años, la historia más importante de la economía global ha sido la de China. Durante la mayor parte de la historia documentada, China fue la gran potencia económica mundial. Después de un par de siglos fuera del candelero, los chinos se preparan para volver a ser la primera economía del planeta.

El auge económico de China ha sacado de la pobreza a cientos de millones de personas, con frecuencia haciendo que abandonaran sus granjas y trasladándolos a las pujantes ciudades, donde ahora trabajan en fábricas y en otras ocupaciones con salarios más altos. En el censo chino del año 2000, 159 ciudades podían alardear de una población de un millón de personas o más. Son el producto de la mayor migración del campo a la ciudad que el mundo haya visto, la clave de una oleada de industrialización, igualmente sin precedentes.

Con una economía que crece hasta un 10 por ciento anual—incluso durante los años de la reciente recesión global se registraron índices de alrededor del 9 por ciento— China parece imparable. Un informe de Goldman Sachs para el 2003 predecía que China eclipsaría a Estados Unidos como mayor econo-

mía mundial en 2041 y continuaría creciendo más rápido que Estados Unidos hasta, por lo menos, el 2050. En medio de ese crecimiento, los ingresos medios de los chinos alcanzarían a los de los habitantes de muchos países más ricos, pasando del tres por ciento de los ingresos medios estadounidenses en 2003 —una cifra un tanto distorsionada por los tipos de cambio, por supuesto— al 37 por ciento en 2050. Y, según los modelos predictivos aplicados por el equipo de Goldman Sachs, los chinos seguirán hasta eliminar la distancia después de 2050.

El entusiasmo por China ha continuado durante la reciente crisis de la economía global. Martin Jacques, autor del libro *When China Rules the World* [Cuando China domine el mundo], publicado en 2009, sostiene que China reemplazará a Estados Unidos como principal superpotencia mundial. Incluso cree que Shanghai superará a Nueva York como centro financiero y que el yuan renminbi, la moneda china, suplantará al dólar en los mercados mundiales.

Considerando los factores profundos que impulsan el crecimiento de China, estos pronósticos parecen demasiado optimistas. Sin duda, China se enriquecerá, en relación con otros países, durante muchos años. Pero luego se empobrecerá de nuevo y, con toda probabilidad, rendirá el título de mayor economía mundial sólo pocos años después de habérselo arrebatado a Estados Unidos.

En economía hay pocos axiomas y menos leyes. Esta ciencia, si es que se la puede llamar así, carece de la certidumbre de las matemáticas y de la elegancia de la física, lo cual quizá sea la razón de que bastantes matemáticos y físicos normales y corrientes resulten ser excelentes economistas.

Pero la economía se acerca a estas disciplinas en su cartografía de las decisiones individuales y el crecimiento económico.